

parentesco próximo — con la filosofía, por su utilidad, sus cándidos placeres, su antigüedad y su dignidad.

Lord Bacón, en sus *Ensayos*, se regocija con la belleza y los placeres de la jardinería. « Dios Todopoderoso, dice, fué el primero que plantó un jardín, y en verdad es el placer humano más puro. Es el gran refrigerio para el espíritu del hombre; sin él, edificios y palacios son simplemente grandes trabajos manuales, y siempre se verá que cuando las edades marchan hacia la civilización y la comodidad, los hombres tienden á hacer edificios estables antes que jardines deliciosos, como si los jardines faesen el colmo de la perfección. » En su ensayo de *Los Jardines* empieza por mostrar que conocía á fondo las flores, los arbustos y los setos que pueden adornar un hermoso jardín, y da sus nombres, para cada mes del año. « Podéis tener, dice, una primavera perpetua (*ver perpetuum*), según lo permita el terreno. El aroma de las flores se aspira más suavemente en el aire libre (donde aquél circula como las ondas musicales) que en la mano. Por eso nada hay más propio para gozar este deleite que el conocer cuáles son las flores y plantas que perfuman mejor el aire.

Shenstone tenía la manía de plantar, y consagró gran parte de su vida al adorno de Leasowes, hasta que sus posesiones llegaron á ser la envidia y la admiración de cuantos las visitaban. La horticultura constituía una pasión para Evelyn y Temple. Evelyn adornó con el mejor gusto las tierras de Sayes Court, cerca de Greenwich, y cuando Pedro el Grande de Rusia estuvo en dicho sitio, uno de sus mayores entretenimientos era lanzarse á través de uno de los setos de

acebo de Evelyn con una carretilla, precisamente para destruir la belleza del jardín.

La jardinería era uno de los placeres solitarios de Pope, que se dedicó en persona á mejorar su pequeño dominio en Twickentham. Lo adornó con árboles, cuadros de césped, un túnel y una gruta, y lo cambió y lo modificó hasta la perfección, como hubiera hecho con uno de sus poemas. Cowper se entregó también al agradable arte de la jardinería. Con sus propias manos edificó un invernadero donde cultivaba sus plantas y flores tropicales, y para dar variedad á sus ocupaciones jugaba con las señoras á alguna que otra partida de volante. La jardinería fué una de sus últimas distracciones á que se entregó el gran ingeniero Jorge Stéphenson. Estaba fastidiado porque los cohombros crecían tuertos; pero había construído numerosas campanas de cristal estrechas, dentro de las cuales metió los frutos que empezaban á crecer, diciendo: « Creo que ahora los he fastidiado, » y entonces crecieron derechos.

Sir Wálter Scott era un gran plantador en su propiedad de Abbotsford. Se deleitaba en recorrer sus dominios con sus perros y su criado Tomás Purdie, plantando árboles nuevos y podando los viejos con su hacha de leñador. Una vez dijo sir Wálter á Tomás Purdie: « Este será un tiempo magnífico para nuestros árboles, Tomás; » á lo cual replicó éste: « Así lo creo, y pienso que será también muy bueno para nuestros *buicks*. » Lockhart decía de Scott: « Era muy experto en todo y también un gran manejador del hacha, y rivalizaba con sus más hábiles subalternos en el escaso número de hachazos que empleaba para derribar un árbol. El bosque resonaba á cada momento con las

carcajadas cuando él estaba trabajando, y cuando pasaba un día entero con ellos, cosa que le ocurría de cuando en cuando, estaban seguros de ser invitados á Abbotsford á cenar alegremente con Tomár Purdie. »

Daniel Wébster ha sido comparado con Scott en este punto. Era aficionado en el más alto grado á la vida del campo con sus ocupaciones y tareas, á las que se había acostumbrado en su niñez. Era pescador, agricultor y ganadero. En los últimos años de su vida volvió á Márshfield, como Scott lo hizo á Abbotsford para morir allí quebrantado en su inteligencia, en su cuerpo y en su fortuna. Como decía Scott, cuando le conducían en un sillón de ruedas por las habitaciones, á su regreso de Italia: « He visto mucho, pero nada me gusta como mi hogar — dadme una vueltecita más; » del mismo modo decía Wébster al volver desde Wáshington á Márshfield: « ¡Oh qué satisfecho me encuentro de estar aquí! Si pudiese disponer de mi voluntad, jamás abandonaría este hogar. »

Entre otros leñadores ilustres podemos citar á Pitt, Wilberforce, el doctor Whately y á míster Gladstone. Cuando Pitt sostenía el peso del gobierno sobre sus hombros, solía aprovechar á lo mejor un día de descanso, se iba en posta en compañía de Wilberforce á su casa de Holwood, cerca de Hayes Common. Por la mañana salían ambos armados de hoces para abrirse nuevos caminos entre los viejos árboles en las espesuras de Halwood. El doctor Whately derriba un árbol en lugar de tomar una dosis de medicina. Cuando se sentía molesto tomaba su hacha é iba á hacer leña en algún fuerte tronco. Mister Gladstone se distinguió por su hacha tanto como por su pluma, y no cabe duda de que el haber derribado numerosos árboles le ayudó

á conservar su salud en edad avanzada. « Nada repara nuestras fuerzas, dice sir Wálder Scott, tan completamente como el ejercicio, así del cuerpo como del entendimiento. Nuestro sueño es profundo y nuestras horas de vigilia son felices porque están bien empleadas; es necesaria una ligera sensación de fatiga para que el ocio sea agradable hasta cuando es conquistado por el estudio y sancionado por el cumplimiento del deber. »

Cuando lord Collingwood se retiró del servicio naval¹, en que había conquistado tantos honores, volvió á sus dominios de Northumberland y pasaba parte del tiempo alegremente abriendo zanjas como un vulgar jornalero. Niebuhr, hacia el fin de su vida, compró una granja en su país natal de Holstein y él mismo se dedicó á labrarla. Mientras continuaba sus estudios históricos cultivaba nabos y criaba ganado; paseaba y cabalgaba algunas veces hasta grandes distancias, y á los setenta años era capaz de saltar una zanja de diez pies de ancho con ayuda de un largo palo que había aprendido á usar en su juventud. Sydney Smith también se hizo agricultor, no por elección, sino por necesidad. Nadie quería tomar su tierra, que había sido malísimamente administrada, de suerte que se propuso cultivarla por sí mismo. Se levantaba á veces de componer un sermón ó de preparar un artículo para la *Edinburgh Review*, á fin de dar órdenes á los trabajadores desde la puerta principal por medio de una tremenda bocina².

1. Debe el autor referirse á algún otro personaje, pues lord Collingwood murió á bordo de su barco en las aguas de Menorca.— N. del T.)

2. El reverendo Sydney Smith. *Memoirs and Letters*, por lady Hoand, I, pág. 214.

La ocupación favorita del gran compositor Verdi, á la edad de setenta y tres años¹, eran los prosaicos trabajos del agricultor. Lo mismo se ocupaba en las mieses y los ganados que en el contrapunto y la fuga. Los cultivadores vecinos de su casa de campo de Santa Ágata le consideraban como una autoridad en todas las cuestiones relacionadas con el cultivo de la tierra y le consultaban acerca de las amiélgas y de la cría de ganados. No se desdeñaba de echar una mano á sus vecinos cuando el caso lo requería. El famoso Mario compró una viña en los Estados Romanos, pero resultó que era mejor cantante que viñador.

Cuando Lutero se hallaba afligido por la dispepsia, su amigo Melanchton le recomendó que hiciese un ejercicio regular y duro. Lutero se esforzó por ensayar de ir á caza. « He estado cazando, dice, dos días enteros y procurando gozar la distracción algo amarga de los grandes héroes. He cogido dos liebres y dos pobres perdices. Ésta es una deliciosa ocupación para el que no tenga nada que hacer. Sin embargo, no he perdido enteramente el tiempo, porque he teologizado entre las redes y las lagunas, y he hallado un misterio de pesar y de dolor en el corazón de todos los goces tumultuosos que me rodean. » Lutero, sin embargo, se fatigó en seguida de la caza y volvió con mayor energía á su pesado trabajo intelectual. Voltaire — que era un hombre muy diferente — cuando se vió molestando por las indigestiones en Cirey, se dedicó á cazar para recuperar el apetito. Generalmente hallaba el apetito que buscaba, aunque raramente traía pie-

1. El autor de *Aida* ha muerto recientemente en Milán á los noventa años (1810-1901). — (N. del T.)

zas, no obstante el vistoso traje de caza que llevaba. Lord Eldon tenía por único recreo el cazar; pero como Sheridan no era *sportsman* y no se cuidaba de si los pájaros habían sido cazados ó comprados¹. Pitt cazaba alguna que otra vez, pero no se divertía mucho en la caza porque su pensamiento estaba en otra parte; lo hacía simplemente por ser un ejercicio activo, pensando probablemente con Dryden, que:

« Es mejor cazar en el campo para tener salud de balde, que pagar al doctor por sus drogas inmundas. »

De todos los ejercicios puede decirse que el montar á caballo es el más saludable. La silla de montar es el asiento de la salud. El montar á caballo puede considerarse como la quinta esencia del ejercicio. Permite el libre juego de los músculos y de los pulmones, y respirar el aire puro — es decir, el *pabulum vitæ*, como le llamaban los antiguos — el respirar salud. La sangre se airea, mientras que la piel, que es como un revestimiento exterior, se refresca y alimenta merced al rápido movimiento á través del aire. El cabalgar facilita también la circulación y la nutrición y ayuda á la acción de los órganos excretorios. Si hay

1. Se cuenta de Sheridan que hallándose en el campo fué á cazar. Todas las piezas se escapaban delante de él y de su fusil, y volvía á casa con el morral vacío. En esto vió un hombre, al parecer un labrador, mirando por una puerta una bandada de patos en un estanque. « ¿Qué quiere usted, le dijo Sheridan, por permitirme tirar un tiro á esos patos? » El hombre siguió mirando con indiferencia. « ¿Quiere usted media corona? » El hombre dijo que sí con la cabeza. Sheridan le dió la media corona y tiró un tiro á los patos. Cayeron muertos cerca de media docena. Cuando Sheridan se preparaba á meterlos en su morral, dijo al hombre: « Creo, en verdad, que he hecho un buen negocio con usted. » — « ¡Pardiez, dijo el hombre, no son míos! »

algo que sea un específico para la bilis, es probablemente el ejercicio á caballo ¹. ¿Quién ha oído jamás de un cazador bilioso ó de un postillón gotoso? « ¿Quién es vuestro médico? » preguntó uno á Carlyle. — « Mi mejor médico, replicó, es un caballo. » El sabio Sydenham tenía tal confianza en el ejercicio á caballo, que uno de sus libros de medicina dice: « Si un hombre poseyera un remedio que igualase en beneficio para el organismo humano el montar á caballo dos veces por día, poseería una cosa de más mérito que la piedra filosofal. »

Pope hace mención de cierto lord Russell, que, con su vida licenciosa, había arruinado su organismo; sin embargo, salía con sus perros casi diariamente á cazar para recuperar el apetito. Cuando sentía que éste volvía, decía: « Oh, ya lo he encontrado, » y haciendo dar media vuelta á su caballo, se volvía á casa.

Reveillé Parise dice: « Contra la melancolía, la misantropía ó el esplín, recorro, según las circunstancias, al descanso, á los baños, á pequeñas dosis de trabajo manual, y también al remedio preconizado por lady Wortley Montagu — cabalgar todo el día y beber champagne por la noche. » Lo mismo Alfieri que Byron eran grandes jinetes; cabalgaban á más y mejor.

Lord Wellington era muy aficionado á la caza de

1. El cuero de la silla de montar es en cierto sentido hasta preferible al cuero de los zapatos. La única objeción que se puede hacer es la de que cuesta dinero. Puede asegurarse que si Bacon y Sydenham no lo recomiendan no es por otra cosa. Nuestro hígado es un órgano que pesa de tres á cuatro libras, sube y baja como el mango de una mantequera en medio de los demás órganos vitales. Con el trote del caballo el cerebro también es sacudido como las monedas en una alcancía. — Oliverio Wendell Holmes, *The Autocrat of the Breakfast-Table*.

zorros. Le acompañaba siempre su jauría de perros, hasta cuando en España perseguía con vigor á los franceses en su retirada ¹. Siguió entregándose á este deporte casi hasta el final de su vida, buscando en él descanso á las fatigas de su cargo. Lo vemos en 1826 celebrar á mister Robinson, por no haber contestado en seguida á una carta sobre un importante asunto público, porque « los deportes acostumbrados del otoño le robaban el tiempo. » También lord Palmerston acostumbraba á pasar varias horas á caballo cada día, excepto los domingos, que paseaba á pie. Casi todas las noches, al terminar los debates en la Cámara, volvía á su casa á pie cruzando los parques, sin cuidarse de lo avanzado de la hora. Cuando el pintor Haydon preguntaba á sir Fr. Burdett cómo había conservado la salud hasta edad tan avanzada, contestaba que se bañaba con frecuencia, no bebía vino sino cuando comía fuera, y aun entonces con moderación, y cazaba cuanto podía.

Pero cazar é ir á caballo son ambas distracciones costosas y absolutamente fuera del alcance de millares de personas á quienes proporcionarían la salud y la vida. Hay, sin embargo, otros muchos modos de distraerse, y quizás uno de los mejores es la marcha que está al alcance de casi todo el mundo. Puede alternarse con la bicicleta ó el triciclo. El paseo necesita poco esfuerzo muscular, y no gasta sino tiempo y calzado. A diferencia de los demás deportes no necesita prepara-

1. Hacía viajar á sus perros á retaguardia del ejército y solía cazar uno y aun más días en el intervalo de las batallas. Los perros se recogían regularmente en Tolosa, donde más de un caballero francés vió por vez primera lo que era una caza de zorros á la inglesa, — pues en vano intentaba el general hacer las paces con el campo.

ración alguna. Al mismo tiempo hay que advertir que la marcha no se opone por completo á la acción del cerebro, que es á veces tan activa durante un paseo como durante el estudio; y si el espíritu no está distraído convenientemente el ejercicio no produce el resultado que se desea.

« He oído con frecuencia, dice Cicerón, que cuando Lucilio y Escipión acostumbraban á irse al campo, huyendo de los trabajos de la ciudad como de un cautiverio, se divertían de un modo increíble jugando á juegos de muchachos. Apenas si me atrevo á repetir lo que un hombre como Escévola refiere de ellos, que acostumbraban recoger conchas á lo largo de la playa en Gaeta, y se entregaban á toda clase de travesuras y juegos. » « En verdad, continúa, me parece que nadie está verdaderamente libre si no puede á veces dejar de trabajar. » Y en otra parte dice: « Necesitamos tener un refugio á que acogernos de tiempo en tiempo, no por pereza é indolencia, sino para hallar descanso honrado y moderado. »

El filósofo Hobbes fué un andador regular y perseverante hasta el fin de su larga vida. Pasó sus últimos años en Chatsworth, en casa del conde de Devonshire, donde disfrutaba el agradable descanso que proporciona el estudio alternado con la recreación. Consagraba las mañanas al ejercicio y las tardes al estudio. Durante el buen tiempo Hobbes se levantaba temprano, salía al campo y subía á todas las colinas que encontraba, ó, cuando el tiempo estaba húmedo, se ejercitaba de cualquier manera dentro de casa para excitar la transpiración. Entonces se desayunaba, después de lo cual visitaba al conde, á la condesa y á los niños en sus respectivas habitaciones. Almorzaba li-

geramente á las doce, y poco después se retiraba á su despacho, donde tenía su vela y diez ó doce pipas de tabaco; entonces cerraba la puerta, y se quedaba fumando, meditando y escribiendo durante varias horas.

También Manuel Kant consagraba una parte del día al paseo, y nunca se lo impidió el tiempo por malo que fuese. Almorzaba generalmente en compañía, pero comía y bebía con gran moderación. A diferencia de Hobbes, consagraba las mañanas al estudio y las tardes á la conversación ó á la literatura amena, calmando de este modo su espíritu antes de retirarse á descansar. Como Hobbes, era de constitución delicada, y sin embargo, gracias á una observancia cuidadosa de las leyes de la higiene, Kant pudo prolongar su vida hasta los setenta años, y Hobbes murió á los noventa y dos. Estos dos casos prueban que la profundidad de pensamiento no es en manera alguna incompatible con la larga vida, con tal que se atienda convenientemente á lo que requiere la constitución física, á la cual el mismo espíritu debe su capacidad de trabajo.

Goldsmith acertó su vida con el excesivo trabajo y la falta de ejercicio; muy rara vez dejaba de escribir. Cuando había escrito cierta cantidad de versos ó de historia natural, solía proponer á Cooke, amigo suyo, lo que él llamaba un día de fiesta zapateril. Consistía esto en una excursión por los distritos del Norte de Londres ó por las carreteras, entre Hampstead é Highgate, seguida de una comida en una taberna del campo, fumándose luego tranquilamente una pipa y bebiéndose un jarro de cerveza. Addison también confesaba su debilidad por los paseos. Lamb era un gran andador; atravesaba repetidas veces toda la ciudad de

Londres, especialmente por las calles donde había librerías de viejo, por lo cual los distritos del Norte y del Nordeste de Londres eran sus barrios favoritos. El arzobispo Whately paseaba mucho y fumaba á más no poder, divirtiéndose como Lamb, con los perros que le acompañaban en sus excursiones. Durante los paseos que daba acompañado por sus tres perros, planeó las bases de los *Elementos de lógica*, una de sus mejores obras.

Los paseos curaron á Timoteo Dwight, el conocido escritor americano, la enfermedad cerebral que de otro modo le hubiera matado. Había empezado á trabajar con el cerebro demasiado temprano. A los diez y siete años era maestro de gramática en la escuela de Newham, en Massachussets, y antes de llegar á los veinte años era ya profesor en el colegio de Yale. Enseñaba durante seis horas, estudiaba nueve, y no hacía ningún ejercicio. Ninguna constitución humana hubiera podido soportar semejante vida; era sencillamente una locura. Su sistema nervioso se tornó tan irritable que no podía soportar una lectura de más de quince minutos seguidos. Esto no podía continuar; se vió atacado de ceguera, y obligado, por consiguiente, á abandonar el estudio. Pero su espíritu se conservaba aún activo y tenía mucha facilidad para la marcha. Recobró la vista, é hizo largas excursiones que restablecieron su salud, y á consecuencia de ellas publicó la valiosa colección de *Viajes por los Estados Unidos*.

Guillermo Hutton, de Birmingham, fué otro interesante excursionista. Había sido muy andador y trabajador desde su juventud. En sus horas de ocio escribió su *Historia de Birmingham*, publicando su primera obra á los cincuenta y cinco años. Habiéndose retirado

á los setenta años para ceder su librería á su hijo, y no sabiendo en qué emplear el tiempo, se dedicó á pasear. Hizo excursiones por casi toda Inglaterra. A los setenta y ocho años fué á pie desde Birmingham hasta Penrith, siguiendo desde allí la Muralla Romana hasta Newcastle, volviendo después á Penrith y desde allí á Birmingham. En treinta y cinco días había recorrido fácilmente seiscientos una millas (unos novecientos sesenta kilómetros). Después de esto escribió y publicó su *Historia de la Muralla Romana*, hizo excursiones á Scorbrough, Coatham y otros puntos, publicando relatos de ellas; su última excursión la hizo á los ochenta y cinco años. A los ochenta y ocho años escribía en su diario: «A la edad de ochenta y dos años me consideraba como un joven; podía sin demasiada fatiga andar cuarenta millas en un día. Pero durante estos últimos seis años mis fuerzas han decaído sensiblemente; me sucede como á una piedra que rueda desde lo alto de una colina, y cuya velocidad aumenta progresivamente.» Las últimas palabras de su diario son éstas: «Hoy 11 de Octubre es el día de mi nacimiento. Entro en el nonagésimo año de mi edad y he andado diez millas.» Su hija, que completó su *Vida*, dice que siempre consideró su aptitud para la marcha como una prueba de su vitalidad, y que creía que sus paseos y su vida terminarían juntos, lo que efectivamente sucedió, pues dejó de andar, y murió á los noventa y dos años.

El gran Beethoven padecía de sordera, y su irritabilidad nerviosa se hizo muy grande hacia el fin de su vida. Distinguíanle dos particularidades: estaba siempre dando largos paseos por el campo y cambiando de casa. Era soltero y casi no tenía hogar fijo. Tan pronto

como se instalaba en una casa le encontraba alguna falta y buscaba otra. Cuando no estaba ocupado en ésto, salía á dar un largo y á veces fatigoso paseo. El ejercicio, decía, era necesario para calmar la irritación de su cerebro y facilitarle el sueño. Rousseau herborizaba por los campos hasta en los días caniculares. Scott, aunque algo cojo, era un notable andador. Dickens era conocido por sus paseos pedestres; solía ir desde su oficina, en la calle de Wéllington, á su casa en Gadshill, más allá de Gravesend, y á veces hacía figurar en sus inimitables trabajos á las personas que encontraba en el camino.

El profesor Wilson, Southey y Wordsworth, eran todos ellos grandes andadores, que recorrían el hermoso distrito de los Lagos, algunas veces juntos y con frecuencia solos; Wilson, en particular, era un atleta. Mientras estuvo en Óxford era el mejor boxeador, saltador y corredor, y ganó el premio de Newdegate en 1806. Era un hombre de gran fuerza y belleza físicas. Alguien que le conoció en Óxford lo describía como un Hércules Apolo, de hermosa cabellera. Consagraba sus vacaciones casi enteramente á las excursiones pedestres, en Cumberland, en Westmoreland, en Gales y en Escocia; en cierta ocasión atravesó toda la Irlanda. Cuando Jorge IV visitó á Edimburgo, Wilson estaba en Kelso y se proponía ir en la diligencia, pero todos los asientos estaban tomados. A la mañana siguiente, á las cuatro, se bañó en el Tweed, se vistió con un traje de lana gris, tomó su bastón y recorrió la distancia de 52 millas (83 kilómetros), llegando á Edimburgo á la hora de comer.

El doctor Arnold, cuando estaba en Óxford, gustaba de hacer lo que él llamaba « escaramuzas por el cam-

po, » y conservó hasta muy tarde la afición á ellas. En Laleham saltaba, se bañaba y remaba con sus discípulos, empleando el resto del tiempo trabajando en la jardinería y dar paseos. Al fin de su vida se deleitaba extraordinariamente con la perspectiva de Westmoreland, donde había edificado su casa de verano. Daba grandes paseos por la montaña, y acostumbraba á dilatar cuanto podía el placer que experimentaba en respirar el aire puro de las colinas. Verdaderamente el aire de las montañas es el mejor de todos los tónicos que regenera por completo al hombre, en cuerpo y alma, mucho más que la quinina y el hierro. Para el exceso de trabajo cerebral y la debilidad nerviosa que el mismo produce, puede aconsejarse siempre como específico el aire de las montañas.

Es posible, sin embargo, abusar de las cosas buenas. Las excursiones por la Suiza, que es considerada como un *sanatorium*, producen con bastante frecuencia malos resultados. En ciertos casos la ascensión súbita de una altura excita demasiado la circulación y aumenta la irritabilidad nerviosa. El paciente no puede dormir, y únicamente vuelve á su estado normal cuando baja á una altura media. Además el aire de las montañas ejerce una poderosa influencia en la mayor parte de los casos de congestión cerebral. Algunos, sin embargo, tienen gusto en entregarse á una agitación excesiva. Corren de un sitio á otro. Se afanan demasiado con su equipaje é impedimenta, y no toman el descanso que necesitan los que trabajan demasiado con el cerebro. Sus fuerzas se agotan y vuelven á casa peor que antes. Todo esto nace de falta de previsión. Cuando hicieron observar á Aristóteles que un amigo suyo no había obtenido ningún beneficio con sus viajes, res-

pondió el filósofo: « Esto es debido á que viaja sólo consigo mismo. » Largo tiempo después Horacio aconsejaba á su amigo enfermo que procurase distraerse, pues la distracción es la mejor medicina, y que diese á los clientes con la puerta en las narices,

« *Et rebus omissis*
Atria servantem postico falle clientum, »

lo cual era un excelente consejo. El difunto sir Henry Holland tenía como regla tomarse unos tres meses de descanso todos los años, y hacia de este descanso una temporada de trabajo útil y de observación inteligente. Pero no todos los hombres de negocios pueden permitirse tan largo descanso. Deben descansar de un modo más tranquilo y emplear menos tiempo en el trabajo. Algunos descansan cazando en las lagunas y otros pescando. Esta última distracción es una de las que procuran mayor descanso. Sir Enriue Walton la llama « tiempo de pereza no perdido. » Procura al ánimo completo descanso, mientras que el cuerpo se restaura respirando el aire puro y los músculos no se fatigan con el manejo de la caña. Los que trabajan demasiado con el cerebro siguen trabajando durante el recreo, pero no pueden hacerlo mientras pescan. Walton y Cotton figuraban entre los primeros de nuestros pescadores de caña, y su amistad fué debida al interés con que ambos tomaban este tranquilo deporte. Walton se regocijaba con su « vicio solitario, » como lo llama Byron, hasta la edad de noventa y un años, aunque no vivió tanto como el famoso pescador de Yorkshire, que, según dicen, pasó de los cien años. Dryden fué otro de los poetas pescadores, lo mismo que el profesor Wilson, que fué uno de los más entu-

siastas de este arte desde su juventud. Byron era también pescador, pero éste era un deporte demasiado infimo. La pesca era el principal recreo de Émerson, el filósofo mecánico, que pescaba en el Tees, y estaba con frecuencia metido en agua hasta la cintura á fin de dirigir bien su caña hacia los remolinos y hondonadas del río donde se ocultan las truchas. Sir Humphry Davy era apasionadísimo por la pesca del salmón, lo mismo que míster Juan Bright. Davy se regocijaba tomando su caña y abandonando su laboratorio por el río. Su conversación ordinaria versaba sobre la pesca y el salmón, y dicen que la composición de su libro *Salmonia* le proporcionó mayor placer que la preparación de cualquiera de sus tratados de química. También inició al doctor Wollaston en los misterios del arte, que le procuró el mayor placer y descanso hacia el fin de su vida ¹.

La pesca era también la mayor distracción de sir Francisco Chantry y sir Carlos Bell; ambos abandonaban su profesión de vez en cuando y se iban al campo con los avíos de pescar, á fin de restaurar sus fuerzas en medio de la tranquilidad de la naturaleza.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la pesca

1. Davy dice de Wollaston en su *Salmonia*: « Era, ¡ ay de mí, tengo que decir! era un ilustre filósofo que tenía cerca de cincuenta años cuando empezó á pescar, aunque llegó á ser un distinguido pescador, y este entretenimiento ocupó muchas de sus horas de ocio durante los últimos doce años de su vida. Aplicó, en verdad, su extraordinaria agudeza, su ciencia y su filosofía á aumentar los recursos y á ensalzar los placeres de este entretenimiento. Recuerdo haber visto al doctor Wollaston pocos días después de haberse hecho pescador, que llevaba en su ojal una pieza de caucho, á fin de que pasando el sedal por el centro de ella lo mantuviese derecho y á propósito para usarlo inmediatamente. Otros muchos pescadores podrán recordar otros ingeniosos inventos de mi admirable y nunca bastante llorado amigo. »